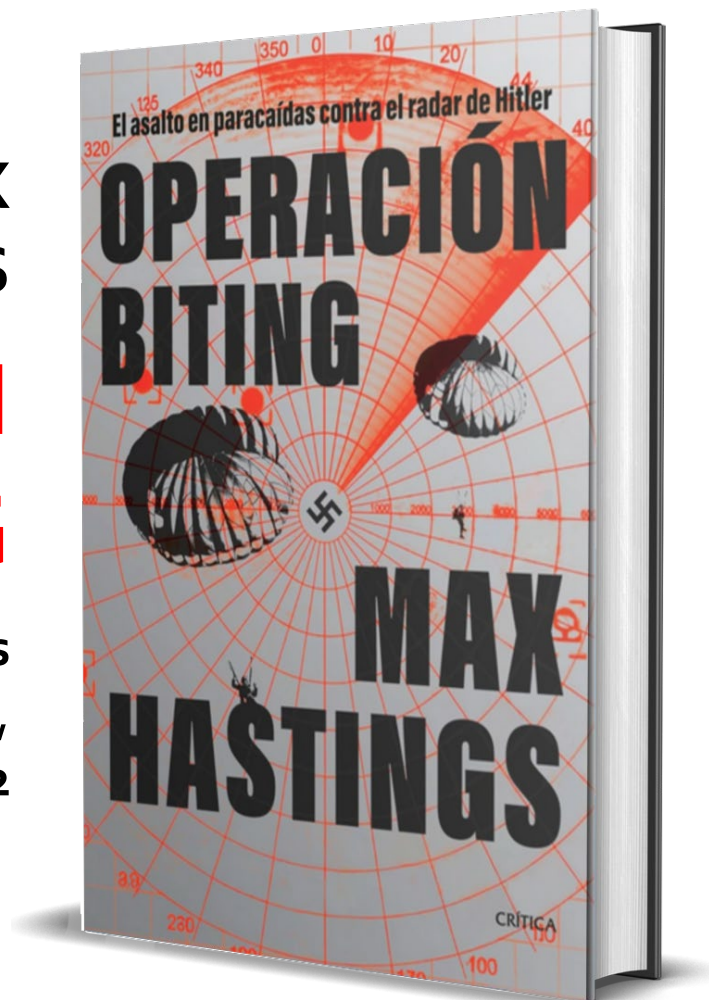


CRÍTICA

MAX
HASTINGS
**OPERACIÓN
BITING**

El asalto en paracaídas
contra el radar de Hitler,
1942



A LA VENTA EL 18 DE JUNIO

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 // laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Max Hastings arroja luz a uno de los momentos históricos más emocionantes y menos conocidos de la segunda guerra mundial.

En febrero de 1942, la inteligencia de la RAF descubrió una nueva red de radar alemana en la costa de la Europa ocupada conocida como Würzburg. Esta innovación tecnológica ponía en jaque a las fuerzas aliadas, así que la inteligencia británica propuso un asalto para capturar componentes clave. La operación se llevó a cabo la noche del 27 al 28 de febrero, cuando 120 hombres de las Fuerzas Aerotransportadas fueron lanzados en paracaídas sobre Bruneval, Normandía, en medio de una tormenta de nieve. A pesar de errores de cálculo que dejaron a algunos soldados lejos de su objetivo, lograron desmontar el radar enemigo, enfrentarse a la Wehrmacht y escapar por mar en un audaz rescate hacia Portsmouth.

Max Hastings relata este episodio histórico lleno de suspense con detalles previamente no documentados, a la vez que retrata los personajes clave involucrados: desde el científico que diseñó la operación hasta el carismático Lord Mountbatten, pasando por el ingeniero Charlie Cox, quien desmanteló el radar, los agentes secretos franceses que arriesgaron sus vidas en misiones de reconocimiento y el mayor John Frost, líder de los paracaidistas en acción. *Operación Biting* arroja luz a uno de los momentos históricos más emocionantes y menos conocidos de la segunda guerra mundial.

EL AUTOR

MAX HASTINGS inició su carrera periodística como corresponsal para varios periódicos y para la BBC en más de sesenta países. Entre 1986 y 2002 dirigió el *Daily Telegraph* y, con posterioridad, el *Evening Standard*. Su dedicación a la historia y el periodismo ha sido distinguida con numerosos premios. Es autor de veintiséis libros, la mayoría sobre conflicto, y en *Crítica* ha publicado *Armagedón. La derrota de Alemania, 1944-1945* (2005), *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945* (2008), *La guerra de Churchill* (2010), *Se desataron todos los infiernos* (2011) y *1914. El año de la catástrofe* (2013), *La guerra secreta* (2016), *La guerra de Vietnam* (2019) y *Operación Castigo* (2021). Es *fellow* de la Royal Society of Literature, *honorary fellow* del King's College y en 2002 fue nombrado caballero por sus servicios al periodismo.



ALGUNOS EXTRACTOS

«En febrero de 1942, cuando los pueblos británico y estadounidense se alimentaban tan solo de una implacable sucesión de derrotas, una aventura como la de Biting adquirió una significación explicable solo en aquel momento y lugar. Fue como si los colosales focos de un gran estadio de fútbol se dirigieran de pronto hacia un partido jugado en una simple esquinita de la hierba. Figuras de glamur como el comodoro lord Louis Mountbatten y el general de división Frederick (“Boy”) Browning compitieron por sus laureles. Más adelante, la operación cobró fama como demostración temprana del arrojo y emprendimiento del neonato movimiento de la Résistance, cuya figura más insigne, e inspiración, era el general Charles de Gaulle.

En lo que a mí respecta, me pareció que Biting me ofrecía una oportunidad no solo de relatar un triunfo menor de los británicos, sino de situar la narración en el contexto más general de unas personalidades que fueron fascinantes todas ellas, cada una a su manera: desde el brillante R. V. Jones, oficial de la Inteligencia Científica; pasando por Mountbatten y Browning, y por el “coronel Rémy” y los demás franceses; por Charles Pickard, comandante de un ala de la RAF, que dirigió el salto en paracaídas; y por el comandante John Frost, primera estrella de las fuerzas aerotransportadas, hasta llegar al sargento de aviación Charles Cox, un intrépido mecánico de veintiocho años que permitió que lo “presentaran voluntario” para el papel más crucial de la aventura tecnológica de Jones. Todos mis libros aspiran a contar historias sobre “la gente”, historias sobre “personas”, porque la Historia va de eso; pero en el presente libro esta definición resulta especialmente adecuada.»

«La incursión de Bruneval fue una acción emocionante con consecuencias de importancia. El plan de ataque, concebido por los equipos de Mountbatten y Browning, no debería haber funcionado nunca. Requería que los defensores alemanes dormitaran mientras los asaltantes cruzaban el Canal; que aceptaran con relativa pasividad la presencia en Francia, durante tres horas, de un contingente pequeño y escasamente armado que cualquier contraataque serio habría aplastado con facilidad; y que tolerasen una huida a cámara lenta sin hacer intervenir a sus armas aérea y naval, la Luftwaffe y la Kriegsmarine. Sin embargo, Biting, por alguna razón extraordinaria, no supuso el desastre que era muy probable que hubiera representado y que en efecto se vivió en muchas otras operaciones especiales de la guerra. Es una historia que exalta el ánimo porque trata de personas corrientes que aciertan a hacer bien cosas útiles y difíciles. Soy escéptico con la palabra “héroe”, prostituida a diario en los periódicos del siglo XXI, por mi parte, cuando he desempeñado funciones de editor, hice constar que para hablar en nuestras páginas de “héroes” o “heroínas” se requería mi consentimiento explícito. Pero los que contribuyeron a la pequeña victoria de Bruneval —muchos de los cuales, aunque sobrevivieron a la noche del 27 al 28 de febrero de 1942, perdieron la vida avanzado el conflicto— fueron en efecto héroes y celebrar aquí su heroísmo es un motivo de gozo.»

«Todos mis libros aspiran a contar historias sobre “la gente”, historias sobre “personas”, porque la Historia va de eso; pero en el presente libro esta definición resulta especialmente adecuada.»

Radares en el Canal de la Mancha

«En enero de 1942 británicos y alemanes estaban enfrascados en un conflicto electrónico con el afán de refinar el radar de modo que las fuerzas aéreas propias gozaran de ventaja frente a las ajenas. Por toda la costa francesa del Canal de la Mancha se habían instalado aparatos nuevos que, obviamente, resultaban vitales para que Hitler pudiera defenderse frente a la campaña de bombardeos de la RAF (siglas de la Real Fuerza Aérea). Ni el reconocimiento aéreo ni los mensajes descifrados de Ultra, ni siquiera la monitorización de las transmisiones de pulsos de los alemanes, bastaba para que los “cerebritos” británicos supieran todo lo que necesitaban saber sobre aquel armamento moderno; y decimos armamento porque, por descontado, un radar era un arma.»

«El director asistente de inteligencia (científica) del Ministerio del Aire, el doctor Reginald V. Jones —Reg, para la familia y los amigos—, era una auténtica estrella de la guerra y a la vez un ser humano fascinante [...]. El hecho de que acertara a diseñar medios para contrarrestar la tecnología del enemigo, le confirió una credibilidad extraordinaria, en especial de cara al primer ministro. Siguió habiendo críticos, en particular en el MI6, que tenían al científico por un joven presuntuoso sin mucho que decir.»

«La forma en la que Jones, con la ayuda de varios departamentos de la inteligencia británica, identificó este radar alemán constituye por sí sola un relato detectivesco fascinante, o quizá toda una novela, pues lo sucedido hasta aquí fue tan solo el primer capítulo de la historia. Inteligencia Científica presentó unos cálculos según los cuales el enemigo habría desplegado unos cuatrocientos Würzburg como elemento clave de sus defensas contra la intrusión de los cazas y bombarderos británicos. Para desarrollar métodos que contrarrestaran esta tecnología, concluyeron, era imprescindible hacer el estudio material de un aparato [...]. Para ser precisos, el emplazamiento del radar estaba en la Europa ocupada, a noventa millas náuticas de Gran Bretaña. Pero el pequeño pueblo pesquero de Bruneval y su acantilado estaba situado en los márgenes más exteriores del imperio de Hitler, en la costa del Canal, a tan solo unos minutos de vuelo, o unas horas de navegación, del país de Churchill. ¿Acaso sería posible no únicamente captar unas imágenes del Würzburg, sino robarlo y apoderarse de sus secretos?»

Una estrella con glamur

«El asalto a Bruneval se convirtió en la operación bélica más importante hasta el momento de Operaciones Combinadas, la organización piratesca creada por Churchill, fundada el 4 de junio de 1940.»

«El primer ministro aún quería que Operaciones Combinadas fuera dirigida por una estrella, pero admitió que debía ser una figura identificada con la guerra del momento [...]. En el otoño de 1941 el capitán lord Louis Mountbatten, que estaba al mando de un destructor y tenía amistad con varias estrellas del cine de Hollywood, se hallaba en Estados Unidos a la espera de zarpar de nuevo, sobre el puente del HMS Illustrious. Este era el portaaviones más selecto de la nación, que estaba siendo reparado en un astillero estadounidense tras haber resultado dañado de gravedad durante un bombardeo en el Mediterráneo.

El primer ministro envió un cable a Dickie (el apodo con que Mountbatten era conocido de todos) para indicarle que cediera el mando del Illustrious y regresara de inmediato a Londres para asumir una función que, a juicio de quien le admiraba desde Downing Street, sin duda le iba a atraer. Pero la orden no tuvo un cumplimiento inmediato, para irritación de Churchill. Mountbatten, con la serena confianza en sí mismo que le proporcionaba su condición semirregia —era bisnieto de la reina Victoria— contestó que no podía dejarlo todo para salir corriendo hacia la otra orilla del Atlántico.»

«Se había chismorreado que en secreto era homosexual, pero dada la enorme predominancia de la ambición en su carácter, sin duda no se habría arriesgado a vivir un escándalo sexual que, en aquellos tiempos, habría acabado con su carrera.»

«Con el tiempo, Mountbatten se convertiría en una de las grandes figuras británicas de la segunda guerra mundial, aunque todavía no hay consenso respecto de si lo suyo tuvo más de fama que de sustancia.»

El debut de los paracaidistas

«La única acometida posible requería lanzar a los asaltantes, de noche y por la vía aérea, en lo alto del gran acantilado blanco sobre el que se había instalado el Würzburg. Alguien señaló que los alemanes, aun siendo los pioneros en la guerra con paracaidistas, nunca habían intentado un lanzamiento operativo en la oscuridad; pero los líderes de las nuevas fuerzas aerotransportadas de Gran Bretaña creían que esta clase de asalto se hallaba al alcance de sus hombres. Si los atacantes lograban sorprender al enemigo, era posible que consiguieran apoderarse de la posición; defenderla mientras los ingenieros desmontaban los componentes vitales del equipo del radar; y, por último, descender por el desfiladero hasta la playa, donde se encontrarían con las lanchas de Mountbatten.

Haría falta mucha suerte, una suerte colosal, para poder introducir a los asaltantes y mantener su presencia en tierra durante dos o tres horas sin que los alemanes recurrieran a su fuerza local, que era considerable, para aplastarlos. Pero Churchill estaba deseoso; Mountbatten, entusiasta; y había impaciencia por probar en combate a los nuevos soldados paracaidistas del país, integrantes de una embrionaria División Aerotransportada. Esta unidad estaba capitaneada por otra figura famosa de aquella época, el general de división Frederick Browning, más conocido como Boy (“el Niño”) en el ejército. Boy ardía en deseos de brillar con su primera hora de gloria —gloria personal y de sus hombres— no menos que Mountbatten con la suya y la de Operaciones Combinadas.»

Madrid, nido de espías

«A finales de enero de 1942, tras una petición de Operaciones Combinadas, el MI6 [solicitó fotografías y toda la información disponible sobre Bruneval] al principal responsable de la organización de De Gaulle en el noroeste de Francia, conocido más adelante con el apodo de “el coronel Rémy”, pese a que en realidad Gilbert Renault no ejerció nunca un mando desde una posición uniformada.

Renault era un partidario ferviente del general [De Gaulle]. Pero su atrevimiento y su iniciativa no eran paralelos a su discreción. El hecho de que Rémy sobreviviera en la Francia ocupada fue aún más milagroso que la supervivencia de la mayoría de los agentes

secretos en territorio dominado por el enemigo. En todo caso la misión de Bruneval, a la que destinó a dos hombres, en respuesta a la solicitud de Londres, resultó ser una de sus horas de excelencia en la guerra y se convirtió en un pequeño triunfo de la obtención de inteligencia.»

«En realidad, el aspecto más favorable a Renault —sobre todo desde el punto de vista del servicio secreto británico— parece haber sido sus conexiones con los franquistas [...]. La tapadera de Renault sostenía que un accidente de guerra lo había dejado atrapado en Londres y ahora estaba intentado reunirse con su familia. En España, la historia se modificó delante de algunos conocidos: se sugería que pretendía retomar su (endeble) carrera de preguerra como productor cinematográfico y rodar una película sobre la vida de Cristóbal Colón.»

«Le otorgaron fondos cada vez más elevados y Rémy apenas dio cuenta de cómo los gastaba, si llegó a darla. Una parte del dinero, desde luego, la invertía en la familia y en su estilo de vida. Ha sido un rasgo característico de numerosos espías, a lo largo de la historia, y lo fue en particular durante la segunda guerra mundial [...]. Pese a todo, Renault y sus redes representaban por entonces la principal fuente de inteligencia de la Francia Libre.»

Planificando la «fiesta»

«Pasemos ahora a los encargados de hacer realidad la misión: los jóvenes soldados que —sin tener noticia de su verdadero objetivo hasta los días últimos de entrenamiento— debían robar el radar de Hitler y formar así la punta de la aguja que Gran Bretaña aspiraba a clavar en un dedo expuesto de la Europa ocupada por los nazis. Casi todos los hombres de la Compañía C del 2.º Batallón de Paracaidistas eran escoceses, en su mayoría antiguos civiles, reclutados “para la duración de las hostilidades”. Tres se apellidaban Fleming; había un Burns, un Finnie, un Campbell y un Craw, además de muchos Mc: McCausland, McIntyre, McKenzie, McLennan.»

«Los futuros paracaidistas no realizaban cursos rigurosamente estructurados y de varios meses de duración, que solo se desarrollaron más tarde. Simplemente se les iba enviando por separado, desde sus unidades, a la escuela de Ringway. John Frost llegó aquí en compañía de su coronel, Edwin Flavell, con el deseo de completar los dos saltos desde un globo y los cinco descensos desde un avión en un tiempo récord. Ninguno había seguido un programa adecuado de formación en tierra (por ejemplo, practicar la amortiguación del impacto al tocar tierra) ni se había esforzado por encontrarse en plena forma.»

«Los británicos bautizaron como “HENRY” al equipo Würzburg, por ninguna razón que se haya podido conocer. Los objetivos de la Compañía C, según se los describe en las órdenes de Frost, eran “1. Apoderarse de diversas partes de Henry y bajarlas a las lanchas. 2. Capturar como prisioneros a personas que hayan estado al cargo de Henry. 3. Obtener toda la información posible sobre Henry y cualquier documento referido a este que pueda guardarse en la Casa Solitaria”.»

«Cuanto más se estudiaba Frost el plan que le había impuesto el Estado Mayor de Browning, menos le contentaban tanto la escasa iniciativa personal que le permitían como

la probable falta de control durante la noche: la prudencia le dio a entender que las radios fallarían.»

«Los peligros asociados a la operación eran múltiples y diversos. Aun así, los soldados británicos —que no habían cumplido siquiera los treinta años, con la sola excepción del sargento mayor Strachan— charlaban alrededor de la maqueta de su objetivo con un ánimo exultante.»

«Todo el mundo tenía claro —desde Mountbatten y Browning al más humilde de los soldados escoceses— que la sorpresa, solo la sorpresa, podría engendrar el éxito. Si los alemanes los estaban esperando, una fuerza tan pequeña como la británica estaba condenada.»

El lanzamiento

«Al mismo tiempo que los bombarderos se aproximaban a la costa francesa, los barcos de la flotilla naval del comandante Fred Cook, que habían zarpado de Portsmouth seis horas antes, hacían lo propio. El paso del Canal se vivió con tensión pero sin incidentes.»

«Resulta difícil comprender por qué los planificadores de Mountbatten confiaban tan ciegamente en que una flotilla lenta como la de Cook podría llegar a Bruneval sin estorbo. En todo caso, la fortuna los acompañó. A la 1:30 —con precisión casi de reloj y sin que los alemanes los detectaran— llegaron al punto designado como “X”, a menos de dos millas de la costa, donde debían aguardar a que Frost los llamara por radio.»

«Los bombarderos —aparatos viejos y torpes— se vieron obligados a acercarse a un objetivo a escasa distancia del suelo: podían distinguir las figuras de los enemigos a la luz de la luna y las trazadoras de todos los colores que volaban hacia ellos. En realidad, parece poco llamativo que algunos aviones equivocaran un tanto el punto de lanzamiento; lo singular es más bien que ocho de los doce pilotos lograran la precisión.»

«Durante unas pocas horas de importancia crucial, los defensores no tuvieron claro el propósito de los hombres que se habían lanzado desde el cielo. Consideraban que aquel aterrizaje tan disperso respondía a un método por el que debían preguntarse, cuando en realidad obedecía solo al accidente y el error. La confusión de aquella noche resultó muy favorable a la misión de Frost.»

Cara a cara con Henry

«Al parecer nadie informó a los soldados de que proteger los Würzburg también era una responsabilidad de importancia. Antes al contrario, consideraban que las instalaciones de los radares de la Luftwaffe eran un asunto técnico, ajeno a la competencia estricta del ejército. En las primeras horas del 28 de febrero ningún oficial destacado estaba disponible para encabezar la defensa en unas circunstancias del todo inesperadas.»

«La primera impresión de Frost al ver el Würzburg —en aquellos días en los que la pantalla parabólica era una novedad— fue que se asemejaba “a un altavoz de gramófono, a la vieja

usanza”. Young y el equipo de los Hardy habían tomado posesión del lugar unos momentos antes, sin apenas encontrar obstáculos. La instalación del radar tan solo estaba rodeada por una frágil red de alambradas cruzadas, que no se levantaban más allá de la rodilla.»

«En la instalación del Würzburg, las linternas y las bombillas fotográficas no dejaban de destellar, eran blancos visibles para un enemigo que no cesaba de dispararles. Los ingenieros no cesaron por ello en el empeño. Uno de los hombres de Vernon usó formón y martillo para retirar del equipo del radar diversas etiquetas de Telefunken y múltiples códigos numéricos, como indicios que servirían para que Reg Jones y sus cerebritos estudiaran el volumen de producción de los alemanes. En cuanto a los elementos electrónicos, descubrieron que sus herramientas no eran efectivas, ni siquiera el más largo de los destornilladores. Llevados por las urgencias combinadas de la adrenalina, el miedo y la desesperación, se dedicaron pues a arrancar secciones completas —como el generador de pulsos y el amplificador de frecuencia intermedia— por medio de la fuerza bruta. Como la antena de la parabólica de 2,8 metros se les resistía, Cox ordenó a un zapador que la serrara. Para el transmisor del armario, que resultaba vital pero no cedía a ningún intento, fue necesario que el aviador y Vernon tiraran de las asas mientras un tercer hombre lo forzaba con una palanca. Salió el equipo al completo, junto con la estructura que contenía la unidad de giro de la antena [...]. En este punto se enfrentaban al desafío, igualmente crucial, de regresar a su país.»

Primer balance de la misión

«Cuando el tiroteo cesó, los paracaidistas disfrutaron de unos momentos de alegría exultante: todo el mundo hablaba al mismo tiempo, compartían las respectivas experiencias, disfrutaban de haber sobrevivido, se les iluminaba la cara. Tuvieron la ingenuidad de actuar como si se hubiera tratado de un ejercicio en su país natal y el árbitro hubiera señalado el final. Su inexperiencia en combate era tal que se olvidaron de que los alemanes —reunidos en la oscuridad en número creciente— no habían dado ninguna señal de alto el fuego.»

«Los informes británicos posteriores a Biting fueron, en su mayoría, autocomplacientes. Visto el éxito de la misión, nadie quiso entregarse al juego de los reproches. Aun así, todos los informes coincidían en que la Compañía C había estado a punto de sufrir una derrota —de verse fatalmente impedida en la huida, más bien— durante la hora de batalla que se requirió para abrirse paso hasta el agua. En lo alto del desfiladero, los paracaidistas pagaron un elevado precio por haber permitido que los alemanes, un puñado de ellos, dispusieran de tiempo para situarse en posiciones de claro dominio antes de que los británicos hicieran su aparición. Así, cada vez que los Nelson intentaban dar un paso, los defensores soltaban una bengala —en la Stella Maris parecía haber una reserva interminable— que iluminaba ampliamente la colina opuesta, donde apenas cabía hallar refugio.

«Aunque en su momento no lo pareció, los treinta y cinco paracaidistas dispersos ayudaron bastante al éxito de Biting, del mismo modo que en las primeras horas del 6 de junio de 1944 y ya en una escala mucho más ingente, las tropas aerotransportadas británicas y estadounidenses no ayudaron en poco a los asaltos anfibios del Día D.»

Los premios

«Parafraseando *Alicia en el País de las Maravillas*, con el éxito se consideró apropiado afirmar que todo el mundo había ganado y, por lo tanto, había que repartir premios para todos. Al teniente comandante Fred Cook y dos de sus oficiales les correspondió la Cruz al Servicio Distinguido por su “atrevimiento, pericia y habilidad navegadora”; a nadie le pareció oportuno investigar con seriedad por qué la Marina había llegado tarde a la playa —casi fatalmente tarde— y Frost nunca expresó resentimiento alguno contra Cook y sus subordinados. Al comandante Charles Pickard se lo galardonó con una barra en su Orden del Servicio Distinguido, para reconocer que hubiera liderado el 51.º Escuadrón en una misión innovadora y sumamente delicada. Un cínico tal vez habría comentado que lo idóneo habría sido conceder la medalla a alguno de los pilotos que acertó a lanzar a sus paracaidistas en el lugar escogido. Pero Pickard era un héroe de la RAF —reconocido como tal y en efecto heroico— y ocupó un lugar destacado en la publicidad que la prensa dio a Biting. Los mariscales del aire ansiaban ver que su servicio recibía la cuota de laureles por el éxito de la operación y no se quiso discriminar entre las aportaciones de cada uno de los pilotos.

La ausencia de John Ross entre los condecorados quizá indique que sus superiores estaban descontentos con el hecho de que sus Nelson hubieran tardado tanto en despejar el acceso a la playa, hasta la aparición de Charteris. Pero de ser así, tal valoración habría sido mezquina: por razones de las que no cabía culpar a ningún soldado, Ross carecía de la potencia de fuego necesaria para cruzar una extensión despejada de la ladera, barrida por una ametralladora enemiga, y para derrotar una posición alemana atrincherada y protegida por una alambrada. Avanzada la guerra se lo condecoró por una soberbia actuación en el campo de batalla al mando de una compañía. En cuanto a la distribución de medallas entre la tropa que ejecutó Biting, resultó escasa, en comparación con el aluvión de premios que se otorgó aquel mismo año.»

Conclusiones

«He aquí una lección histórica sobre las fuerzas especiales, válida tanto entonces como hoy: no deben dejar de ser especiales y, por lo tanto, no deben dejar de ser poco numerosas. En el transcurso de la guerra —y a ello no ayudó en poco el intermedio aparentemente interminable que se produjo en los cuatro años que fueron de Dunkerque, en mayo de 1940, al Día D, en junio de 1944—, se permitió que muchos de los “ejércitos privados” que Churchill instó a crear al desatarse el conflicto se inflaran más allá de sus funciones y utilidades específicas y continuaran existiendo cuando su papel original se había convertido en una redundancia.»

«El 1 de agosto de 1942 la Oficina de Guerra promulgó un decreto por el cual la infantería aerotransportada de Gran Bretaña debería asumir desde entonces la incorporación de un nuevo Regimiento de Paracaidistas, cuyo primer honor en combate, según se declaró más adelante, fue precisamente Bruneval. Al poco tiempo se ordenó a estos soldados que olvidaran el tocado de su antigua unidad y adoptaran las boinas granates. Los paracas se convirtieron en uno de los elementos de élite más celebrados del ejército de tierra de Gran Bretaña, y siguen siéndolo, en la actualidad.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 // laia.barreda@planeta.es